

ALFONSO GARCIA VALDECASAS

ORTEGA Y EUROPA

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 43, 1967

Ortega y Europa

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. ALFONSO GARCÍA-VALDECASAS

Europa, ya se sabe, es nuestra preocupación permanente; su destino, que es también nuestro, lo vivimos con zozobra y con esperanza.

Pero, ¿qué es Europa?

No hay mucho rigor, normalmente, cuando se habla de Europa. Y no hay rigor porque no sabemos bien el sujeto a que aludimos con esta expresión y porque mezclamos en ella nociones geográficas, visiones culturales y tendencias políticas.

Por lo pronto, hay siempre implícita una actitud política cuando se trata de Europa. La palabra refleja, unas veces, las aspiraciones que animan a quien la emplea; otras, la visión política o las intenciones políticas de determinados países, grupos o personas.

Ese previo condicionamiento político interfiere en la noción cultural y hasta en la noción geográfica de Europa. En nuestra vieja noción de estudiantes del bachillerato, Europa terminaba en los montes Urales. Después hemos venido a saber que los montes Urales, más que una realidad geográfica, eran casi una invención política, que tenía por objeto marcar una separación entre una Rusia, que se integraba entonces en Europa, y el resto de Asia. Los montes Urales, que geográficamente no tienen importancia mayor, se habían erigido así en elemento de la definición geográfica de Europa.

Hoy por hoy, la noción geográfica de Europa se nos ha restringido por efecto de la situación política concreta; hoy casi nadie entiende bajo el nombre de Europa, no ya lo que hay desde los montes Urales, sino apenas nada que esté más allá del llamado telón de acero. Espere-

mos que ello dure poco, pero todavía apenas si al hablar de Europa se suele aludir a algo más que a esa unión económica de media docena que es el Mercado Común, y, en diálogo con él, al grupo de pueblos vecinos "occidentales".

Si sufrimos esta oscilación en lo geográfico, no debe sorprendernos que la haya también en la concepción cultural de Europa.

Tradicionalmente, se nos decía que Europa era el fruto de tres factores: la filosofía griega, esto es, la razón y la ciencia; el derecho romano, con su sentido del mando, la organización y la justicia; el cristianismo que conjugándose con aquellos dos había venido a infundir su espíritu a los pueblos de Europa.

Tal es, por ejemplo, el esquema de Valery, que tanto se difundió en su día, al amparo del prestigio literario de su autor. Pero hoy comprendemos que era un esquema demasiado simple, que no daba suficiente razón del ser de Europa.

Empezando por el último factor, el cristianismo no ha sido nunca un fenómeno peculiarmente europeo. Cuando se habla de la civilización cristiana y occidental, se equiparan dos cosas muy heterogéneas. El cristianismo, por su misma vocación, tiene un sentido universal y llama a la redención a todos los hombres.

Habrà un cristianismo europeo, pero *Europa* no es el cristianismo. Otra cuestión es si, como dijo en cierta ocasión Pío XII, Europa, para tener todavía un futuro, no habría de renovarse en las fuentes cristianas. El cristianismo no es ingrediente peculiar de Europa. Lo que puede ser peculiar es la versión europea del cristianismo.

Al pensamiento griego no hay duda de cuanto le debemos. Pero ya es curioso que Europa, durante todo su período de formación, la llamada Edad Media, recibiera esa herencia a través de los árabes y por conducto de esa España a la que tantas veces se quiere negar la condición de europea.

En cuanto al derecho romano, del que nos sentimos directos herederos, también es curioso que el que hemos conocido y practicado fuera el de una compilación bizantina, que nos legó un emperador del Oriente; Imperio de Oriente, recordemos de paso, que sobrevivió en mil años al Imperio Romano de Occidente.

En aquel Imperio de Oriente encontramos, en toda su intensidad, los tres ingredientes de la cultura griega, de la religión cristiana y del derecho romano, que nos dicen que caracteriza la entidad de Europa. La conclusión, inevitable, es que esos tres elementos tienen que ver,

mucho que ver con Europa, pero que con ello todavía no se nos dice nada de lo genuino y peculiar europeo.

Y esto nos hace pensar que el método seguido era equivocado. No se trata tanto de elaborar una “definición” de Europa, como de dar lo que llamaría Ortega la “razón histórica” de Europa. Hay que tratar de entender no *lo que* es Europa sino, en algún modo, *quién* es Europa. Porque Europa no es una naturaleza que se define, sino una historia que se narra.

Es sabido el lugar preferente que en el pensamiento y en la preocupación de Ortega ha tenido Europa. No hay que recordar que el más resonante de sus libros “La rebelión de las masas”, cuando después de diagnosticar el mal de nuestra sociedad contemporánea, le busca remedio, cree encontrar éste en el gran proyecto de los Estados Unidos de Europa.

La preocupación europea acompañó a Ortega hasta el final de su vida. Poco antes del final de ésta, Ortega dio en Berlín, sector occidental, una conferencia sobre Europa. Después de fallecido, se publicó con el título de “Meditación de Europa” en un volumen que contiene además otras notas sobre Europa, esbozadas por él o utilizadas, en parte, en algún trabajo anterior.

Esta meditación de Ortega, aunque breve, está solicitada en su desarrollo, como tantas veces el pensamiento de Ortega, por temas adyacentes, pero tan seductores que le hacen avanzar un poco en zig-zag, como levantando piezas de caza o mostrando rincones o paisajes inesperados. Nos damos cuenta de que cualquier análisis que intentemos de su obra, dejará fuera esa riqueza de sugerencias y alusiones, que son sin duda uno de sus grandes encantos. Ortega escribió de Max Scheler que convertía en joyas cuanto tocaba y que su pensamiento iba constantemente arrancando destellos de los temas a que se volvía. Algo parecido podríamos decir de Ortega mismo.

Con renuncia a muchos matices, lo más específico del pensamiento de Ortega sobre Europa podríamos encontrarlo en estas palabras: “Europa no es sólo, ni tanto, futuro, como algo que está ahí, ya desde un remoto pasado. Más aún, que existe con anterioridad a las naciones, hoy tan claramente perfiladas. Lejos de ser la unidad europea mero programa político para un inmediato porvenir, es el único principio metódico para entender el pasado de Occidente, y muy especialmente para entender al hombre medieval, a quien llamaremos el hombre gótico, a sabiendas de que con ello sometemos a una contracción a todos los siglos y formas de vida medievales” (pág. 36).

La tesis está enunciada con ese gusto que tenía Ortega por decir las cosas de manera penetrante y hasta extremada; sin duda porque un pensamiento hace más impacto cuando se lanza con fuerza y rotundidad. El choque buscado, consiste en replicar a los que hablan de aspirar a constituir la unidad de Europa: Señores míos, Europa no es algo que haya que hacer, sino algo que no hay que deshacer. Europa no es una lejana aspiración; Europa existe y es una realidad anterior y superior a las naciones europeas.

Aparte de la posible verdad de ese pensamiento, contribuiría a que Europa sea realidad, que los distintos pueblos que la forman creyeran tener entre sí una comunidad de origen, radical, superior a todas sus diferencias internas.

Mas, ¿en qué consistiría esa comunidad? El pensamiento de Ortega es que Europa ha sido como un sistema de fuerzas compensadas, lo que se ha llamado el equilibrio europeo, y que en este equilibrio de fuerzas estaba dada Europa.

El punto de partida de su pensamiento era, sin embargo, una imagen que parecía más ambiciosa: la imagen de los pueblos de Europa en marcha como enjambre de abejas, pugnaces y solícitas. Esa imagen hace pensar en impulsos y experiencias comunes, en una cultura común, la miel de ese panal, en cierta "comunidad de destino".

De lo que cabe dudar es de si la expresión feliz de esa comunidad de los pueblos de Europa es la que históricamente ha recibido y que Ortega recuerda como expresión del gran secreto de la política europea: la idea del equilibrio europeo. "Es incuestionable, dice Ortega, que todos los pueblos de Occidente han vivido *siempre* sumergidos en un ámbito, Europa, donde existió *siempre* una opinión pública europea... una cierta forma de Estado europeo ha existido *siempre*".

Fijémonos en esta insistencia del "siempre" en filósofo tan historicista, como Ortega, tan persuadido de que cuanto hay es acontecer, de que el mismo sujeto humano *acontece*, de que todo transcurre, sin más permanencia que la del fluir. Se diría que en este momento Ortega, llevado de su deseo de que Europa sea la realidad que él querría, y persiguiendo un impacto en el ánimo de su auditorio, emplea términos que él mismo en otro contexto se resistiría a admitir. No existe el "siempre" cuando se habla de Europa. Europa (como decía un profesor de los impuestos en Roma) empezó por no existir; no hubo "siempre" un Occidente europeo ni una opinión pública europea.

Suele decirse que algo así como una opinión pública de Europa toma su primera expresión política con la fundación del Imperio de

Carlomagno. Sería el primer momento en que, políticamente, sienten su comunidad estos pueblos europeos, estimulados por la enorme amenaza del Islam. Se invoca el libro de Pirenne, "Mahoma y Carlomagno", un libro ya clásico, en pro de esta interpretación.

Pero la historiografía más reciente duda mucho del "designio europeo" de la obra de Carlomagno. Fue más tarde cuando se hizo el mito que atribuiría una significación europea a su empresa.

En realidad, más que un Imperio instituido por Carlomagno, hubo un título personal de Emperador, que Carlomagno ostentó y que tuvo su origen en la aclamación del pueblo de Roma. Y no faltó una cierta estrechez de visión a aquel breve Imperio, como no falta hoy en los beneficiarios del Mercado Común europeo, que geográficamente tanto coincide con él.

Lo que los historiadores europeos ignoran, o pasan por alto, es el papel fundamental que corresponde a España en la génesis de Europa. El fenómeno de lucha y convivencia con el Islam, a lo largo de siglos, es, precisamente, lo que caracteriza la Edad Media europea. Ese es el fenómeno decisivo en la formación política y cultural de Europa. Y la Península Ibérica es la zona de más fuerte fricción, pero también de mayor intercambio y comunicación cultural entre los pueblos de Europa y los islámicos.

Pero dejemos este problema histórico para otra ocasión, aunque no sin dejar constancia de que trae consigo una revisión profunda del planteamiento mismo de la historia de Europa. En esa revisión se pondría de manifiesto cuantos valores que llamamos occidentales y europeos tuvieron su origen en la España medieval. Y no solo en la España de la Reconquista, sino también en la que estaba sometida a la dominación árabe.

En cuanto a la "opinión pública" europea, es innegable que en los dos últimos siglos ha prevalecido entre los pueblos de Europa el sentimiento de diversidad sobre el sentimiento de comunidad. Expresión del triunfo de esta tendencia fue el del principio de las nacionalidades durante el siglo XIX y las dos guerras mundiales del actual. Sólo después de la última guerra, que llevó a los pueblos de Europa al borde de la destrucción y los dejó maltrechos y políticamente mediatizados, sólo entonces, resurge un sentimiento de la comunidad y un afán de unión entre los pueblos europeos.

Se nos dice que esa noción de comunidad había existido entre los pueblos de Europa a través de todas las guerras anteriores, incluso las de religión, y se nos explica como expresión de este sentimiento

de comunidad la idea de guardar un equilibrio conjunto entre el poder de los distintos pueblos de Europa.

En esta línea de pensamiento, como vimos, se sitúa el de Ortega y Gasset. Ortega insiste, en efecto: "Europa no es una cosa, es un equilibrio. Muchas abejas y un solo vuelo".

Pero en esas palabras no se dice una cosa, sino dos distintas. Las abejas no están en equilibrio entre sí; las abejas están más bien coordinadas entre sí; van como en "formación" y llevan un solo vuelo hacia un objetivo determinado. Al reducir la comunidad de los pueblos de Europa, en su marcha histórica común, a la necesidad de equilibrar a unos con otros, de tal manera que ninguno destacara sobre los demás (la gran idea de Inglaterra), se redujeron también gravemente las posibilidades europeas. No puede consistir el supremo objetivo de los pueblos en equilibrarse unos a otros; había que haber buscado entre los pueblos de Europa, no el equilibrio mecánico de una compensación de potencias, sino la armonía de una conjunción en valores y fines superiores; armonía propia de toda gran empresa común. Está claro que Europa nunca consintió la sujeción total a una uniformidad de mando. Pero Europa se movía así entre un equilibrio inestable y un predominio insostenible: dos fórmulas por igual deficientes.

Al mismo tiempo, Europa por un conjunto histórico de superioridades técnicas alcanzaba una posición predominante en el mundo. Desde el siglo XVIII, superados los peligros oriental e islámico, la lucha por la hegemonía en Europa fue la lucha por la hegemonía en el mundo: si España, si Francia, si Inglaterra, si Alemania intentaron mandar en Europa, este mando era como mandar en el mundo.

En la primera guerra mundial se resquebrajan, y en la segunda se hunden estrepitosamente, estos sueños de prevalencia de unos pueblos de Europa sobre otros, que eran al mismo tiempo sueños de hegemonía universal. Y Europa se ha encontrado, al final, entre dos inmensos poderes, frente a los cuales, si logra subsistir y defenderse, ya ha logrado bastante. La situación es tal que el problema de Europa y de su unidad política ha quedado planteado como de una unidad para la subsistencia y acaso para ser factor importante en el orden mundial.

La verdad es que todavía los recursos europeos, en población, en industria, en capacidad creadora, comparados con los de las otras grandes fuerzas del mundo, permitirían resistir si hubiere efectivamente una Europa. La llamada Europa occidental, por sí sola, excede ampliamente en población la de Estados Unidos o la de Rusia. En el orden industrial,

si pudiera conseguir unidad de mercado y de coordinación, alcanzaría un poder inmenso.

Pero esa Europa "occidental", aparte de que quizá le sea imposible realizar la unidad política, se encontraría con la enorme dificultad del pequeño espacio en que tendría concentrado todo su poder y población. Su grado de saturación demográfica es más avanzado y le deja menos margen de crecimiento. Por último, esa Europa occidental, aislada, es especialmente vulnerable y falta de hinterland, falta de retaguardia defensiva.

La figura viable de Europa y la que responde a su historia y cultura habría de englobar también la Europa central y oriental. Y no es ese objetivo menos posible que el de la Europa occidental, por mucho que, de momento, pueda parecerlo. Pero sobre esta perspectiva política poco cabe hoy adelantar; ciertamente si se conjura el peligro de otro conflicto mundial, parece muy probable que aquella se abra camino. Si el conflicto sobreviniera, su horizonte sería tan tenebroso que no se sabe si quedaría luz ninguna después de él. Muy probablemente sería entonces cuando se podría dar por caducada la significación de Europa, no ya en el orden político sino en el cultural y hasta en el existencial.

Mientras tanto, muchos europeos dan por perdida ya la posición prevalente que el pensamiento europeo ha venido ostentando en la cultura mundial. Parten de que la pérdida de poder político va seguida inexorablemente de una pérdida de poder espiritual y piensan que siendo irreversible la del primero, Europa tiene también contados sus días en el orden de la cultura creadora.

Pero, como quiera que sea, la vitalidad espiritual de Europa sigue siendo extraordinaria, y esas previsiones sombrías son, por lo menos, prematuras. En el orden de la creación cultural, artística y científica, Europa parece muy lejos del agotamiento.

Cierto que los europeos ya saben que "las civilizaciones son mortales". Desde la obra de Splenger, con su enorme fuerza expresiva y su evidente valor profético en ciertos aspectos, los europeos no logran desprenderse del sentimiento de decadencia. Pasaremos, piensan, como pasaron otras culturas.

Y sin embargo, las cosas no son tan inequívocas. Pues es verdad que las culturas, de que sabemos históricamente, se extinguen, pero no sin dejar herencia o mensaje para el futuro. Es un fenómeno que no se puede infravalorar, esta transmisión y continuidad de valores, a través de sucesivas culturas. La absorción por la cultura occidental (y

también por la cultura bizantina y la islámica) de la cultura greco-romana, es algo más que una pseudo-mórfosis.

Ni la cosa termina aquí. Es evidente que la cultura helénica es heredera y continuadora de anteriores culturas, no menos que de ella ha sido la nuestra.

Y, finalmente, algo ha tenido esta cultura, que llamamos occidental, que le da como una dimensión nueva y que, en todo caso, carece de precedentes. Y es que ha desembocado en una situación planetaria, mundial, que hasta ahora la historia no había conocido. Por primera vez la historia es, *en acto*, universal. La historia como unidad dramática, con escenario único, no ha sido realidad hasta nuestro tiempo. Y esta realidad ha sido, en gran medida, obra del enjambre de pueblos europeos, empezando por los pueblos hispánicos. Hace años que Guillermo Ferrero señalaba la fisonomía "europea" que había tomado la edad contemporánea. El mundo entero se ha europeizado. Rusia y EE. UU. son dos formas de europeísmo gigante, y la transformación que presenciamos de los pueblos de Oriente, es en gran medida europeización. Pero esa mundialización pone fin al mismo tiempo a la Edad Europea de la Historia.

De todo ello resulta que las posibilidades de pervivencia de la "cultura europea" son ciertas y dilatadas. Pero otra cosa es la supervivencia creadora de esa cultura europea en su solar y su población. Esta supervivencia sí parece vinculada a las vicisitudes y al destino político de los pueblos de Europa.